ría continuar con el editorialista la empezada polémica.

Rivera no opinó así, llamando la atención sobre que Zermeño pretendía haber recibido una satisfacción embozada; pero Madrigal y Ros sostuvieron que Zermeño se salía por la tangente, y que era palpable rehuía continuar la cuestión con Gómez. De suerte que quien quedaba en ridículo era Zermeño.

Por lo que hacía á sus propias dificultades con el mismo doctor, Rivera no vacilaba. Ya que Zermeño se daba á partido y ofrecía una satisfacción en el caso de que Rivera explicase el punto indicado, era lógico tranquilizarle á este respecto para cerrar de una vez la discusión. Pero los otros redactores no estuvieron conformes con su modo de raciocinar. Pues qué ¿no valía nada el sangriento desprecio con que Rivera había sido tratado? ¿No era lógico cobrar por él algún desquite? ¿Qué valían las palabras embozadas de Rivera, junto á las rudas, claras y terminantes del "Paladín?" Por otra parte, ser el primero en parlamentar, sería bajo é indigno, y dejaría por los suelos el nombre del "Clamor." En realidad, era evidente que Zermeño contemporizaba, lo que demostraba que no era tan bravo el león como lo pintaban. Así que opinaron en coro que lo mejor que Rivera debería

hacer, era no hacer nada. De esta suerte quedaría dudoso el desenlace, y aun era probable que el público opinase que el campo había quedado por el "Clamor," esto es, por Rivera.

Nunca había pensado Jaime en famas bélicas, ni le habían importado un comino las valentías, pues era manso de carácter, servicial y bondadoso; pero viéndose en ocasión de convertirse en héreo con tanta facilidad—pues se le aseguraba que el episodio no pasaría de allí—aceptó el consejo de sus compañeros, y se propuso guardar un silencio fiero y épico frente al enemigo. Así lo hizo en efecto. Dando impulso á su vena espontánea, continuó ocupándose en la gacetilla de la crónica de la ciudad, sin volver á traer á colación el nombre del doctor Zermeño.

III

EL RETO

Pasaron varios días de armisticio, durante los cuales no hubo invectivas ni denuestos del "Paladín." Al fin, bajo el título "Estamos esperando," apareció en ese papel un suelto en que decía el edi-

torialista ministerial que aguardaba la solicitada explicación del gacetillero del "Clamor." A esa excitativa correspondió igual deliberación de los redactores de este periódico, igual impulso pacífico de Rivera, é iguales demostraciones á las anteriores, de parte de sus compañeros, contra todo parlamento.

—No tenga usted cuidado, le decían, no pasará nada. Zermeño no mandará sus padrinos, y si los manda, todo se arreglará amistosamente.

Otro intervalo de silencio que siguió á aquella indicación, sirvió para infundir gran confianza en el ánimo de Jaime, quien llegó á creer concluído el incidente. Durante ese tiempo, voces de lisonja y aplauso sonaron frecuentemente en sus oídos.

—El brabucón de Zermeño sabe batirse ....en retirada, decían los unos.

—Usted le ha tapado la boca, decían los otros.

Los compañeros de redacción se reían á mandíbula batiente de Zermeño y decían á Rivera:

—Lo habíamos anunciado; todo ha quedado en ruido y faramalla. Conocemos á nuestra gente.

Aquellas frases iban poniendo á Jaime como fuera de sí, y á tal punto llegó su engreimiento, que acabó por referir á Juana

lo sucedido, en son de triunfo y pidiendo aplausos. La pobre Juana se azoró al oír el relato; ni siquiera se le ocurrió elogiar el denuedo de su esposo. Lo único que pensó fué que se había puesto en peligro de hacer ó de que le hiciesen algún daño. Tampoco expresó la idea de que la odiosa cuestión estuviese terminada.

—Ni te imagines, dijo á su esposo, que ese señor Zermeño, que ha de tener muy mal corazón, deje las cosas en tal estado. Aun ha de hacerte pasar algunos malos ratos.

—No lo creas, hija, repuso Jaime; pasó ya la oportunidad de que tomase alguna determinación provocativa. Los ánimos se han enfriado por la acción del tiempo.

—No soy de tu opinión. En todo caso, si te provoca á un lance personal, prométeme que no has de aceptarlo.

—No llegará á presentarse la ocasión.

—Pero supongamos que se presente, ¿me lo prometes? No tendré un momento de tranquilidad mientras no lo hagas.

—Te lo prometo, mujer, no te amilanes por tan poca cosa.

—No es poca cosa el peligro á que pudieras exponerte, Jaime; y además, tú no te perteneces. Eres de tu hija y mío. Tu misión es la de velar por nosotros, de servirnos de apoyo en la vida, de ser nuestra providencia en la tierra.... después de Dios, que está en el cielo.

—Cierto, murmuró Jaime caviloso, ¿qué harían ustedes sin mí?

—Irnos al arroyo, no tener que comer, implorar la caridad pública. Mientras ahora, ¡somos tan felices! Es cierto que nada tenemos de sobra, pero, en último resultado, nada nos falta; formamos un grupo muy satisfecho y contento. ¿Verdad que quieres á Leonorcita?

—¡Vaya una pregunta! ¡Como si te perteneciese el privilegio de quererla! La madre es igual al padre, señora. No te dés esos humos de ser la única que quiere á la niña. Con igual título que tú, podría interpelarte sobre el asunto, y decirte: "¿qué, no quieres á tu hija?"

—Es verdad; pero yo no sería capaz de meterme en camisa de once varas, exponiéndome á faltarle á Leonorcita, porque pienso en ella antes que en mí misma. No tengo amor propio, ni vanidad, ni soberbia que se opongan á la consagración de todo mi amor á la niña. ¡Que se rían de mí, que me apunten con el dedo, que me silben, con tal de estar á su lado y poderla arrullar y cuidar, y con tal de velar por ella y de dedicarle todos mis pensamientos, todo mi aliento, toda mi vida!

Jaime se sintió pequeño ante el noble afecto materno. ¿Querría Juana más que él á la niña? No lo podía admitir ni le parecía natural que así fuese; ni consen-

tía semejante sospecha. Así es que irguiéndose con viveza, repuso á su esposa:

—Tampoco yo me meto en camisa de once varas, señora, ni estoy dispuesto á desertar del campo de mis deberes; á no ser que demos tal nombre á farsas que no valen un ochavo y que carecen hasta de seriedad.

—Como quiera que sea, continuó Juana, has de prometerme que no llevarás adelante esa comedia estúpida. Supuesto que Zermeño aguarda una explicación para presentarte sus excusas, no tardes en dársela para que todo concluya y recobremos el sosiego, para sentarnos á la mesa sin sobresalto y dormir por la noche con la tranquilidad de los justos. Te lo suplico por el angelito que Dios nos ha dado, y hasta por mí, si algo me quieres.... y si te preocupas un poco, nada más que un poco por mí. ¿Me lo prometes, Jaime?

—Te lo prometo, mujer, contestó Jaime con los ojos llenos de lágrimas, te lo prometo.

—Dios te lo pagará, concluyó Juana radiante de gozo.

Bajo aquella impresión llegó Rivera á la redacción del "Clamor," y declaró á sus compañeros que estaba absolutamente resuelto á publicar en su gacetilla que no dudaba de la caballerosidad de Zer-

meño, y que por caballero le tenía; lo que le era tanto más fácil, cuanto que tales eran sus convicciones á ese respecto. Al oirle, pusieron el grito en el cielo sus colegas, diciéndole que con eso iba á perder cuánto había ganado en la opinión pública, y, precisamente, á la hora en que todo peligro de un lance personal había desaparecido. Era evidente que Zermeño no se ocupaba ya del negocio, supuesto el largo tiempo que había guardado silencio; pero la explicación le haría cobrar nuevos bríos y arremetería otra vez y con mayor furia contra el "Clamor" y sus redactores. A pesar de tanta oposición, insistió Jaime en su idea, y como sus colegas pretendiesen disuadirle de su propósito:

—En fin, señores, les dijo, si ustedes quieren seguir la reyerta, síganla por su cuenta; lo que soy yo, me separo de ella porque así me conviene.

Tan terminante declaración obligó á Gómez, Madrigal y Ros á callarse, porque no estaban dispuestos á poner fuego á sus propias casas. Así que, aunque con visibles señales de murria y reprobación, se dirigieron á sus mesas respectivas, y se pusieron á trabajar.

Rivera tomó la pluma para dar forma al suelto explicatorio, cuando entraron en la redacción dos militares: el coronel

Jiménez y el comandante Castellanos, muy conocidos en los círculos sociales de México. Se dirigieron á él, saludáronle con cortesía, y le manifestaron tenían un asunto reservado que comunicarle. Jaime los condujo al saloncito de recibir. Una vez allí, manifestáronle aquellos caballeros que venían en nombre y por comisión de su amigo el doctor Zermeño á pedirle una explicación acerca del sentido de un párrafo en que el gacetillero parecía dudar de la caballerosidad del doctor, que éste había aguardado largo tiempo verla aparecer en el "Clamor;" pero que, cansado de tan nútil espera, había tomado el partido de exigir esa aclaración, que tan justamente se le debía. La cuestión era muy sencilla. ¿Sostenía Rivera que Zermeño no era caballero? En tal caso, los presentes tenían instrucciones de pedir una satisfacción por medio de las armas. ¿No lo sostenía? En tal caso, Rivera debería subscribir una carta en que así lo declarase, y de la cual ellos serían portadores. De este modo, todo quedaría terminado.

El primer impulso de Jaime, bajo la impresión de su reciente conversación con Juana, fué el de allanarse á las exigencias de los militares; pero se sintió lastimado por la altanería de la reclamación. La vista de los galones y de los

entorchados le irritó. ¡Se diría que aquellos oficiales le habían arredrado! El elemente civil quedaría por los suelos; y, vive Dios que, aunque pacífico, á él poco le importaban los coroneles, y hasta los generales. Acabaría por ceder, eso sí, pero poco á poco, con arte, de un modo indirecto y guardando la dignidad hasta lo último. Creyó, pues, conveniente y delicado encomendar el arreglo del negocio á algunos de sus amigos. El aparato sería de mejor efecto, tendría muy buen ver, y se daría tiempo al tiempo. Aun las explicaciones que meditaba, serían menos chocantes en boca de sus apoderados.

Repuso, pues, Rivera á los comisionados que, supuesto que la cuestión tomaba aquel giro, él también nombraría sus representantes y les comunicaría sus instrucciones para que arreglasen la diferencia convenientemente.

Así concluyó la conferencia, y los de Zermeño se despidieron. Rivera los acompañó hasta la cancela, y aguardó en alto la última cortesía, que le fué dirigida desde el descanso de la escalera.

—Fuí testigo de la escena, continuó Eustaquio, porque desde primera hora llegué aquel día, como siempre, á la redacción del "Clamor," para echar un vistazo al "cambio" de la prensa.

Gómez, Madrigal, Ros y yo, que todo

lo observamos, estábamos en ascuas por oír los informes de Rivera; así que recibimos gran contento viendo que éste, al volver á la sala de redacción, se dirigió al grupo que formábamos. Nos refirió cuanto acababa de pasar, sin omitir sus luchas, impresiones, móviles é intenciones secretas.

—Perfectamente, díjole Gómez, ha obrado usted con la cordura que el caso demandaba. Habría sido indecoroso que desde luego hubiese accedido á lo que con tal apremio se le pedía.

—Hubiera sido humillante, agregó Ros con vivacidad.

—Aparte de no ser tan sencilla la cosa como esos señores la pintan, observó Madrigal. ¿Quién ha resuelto que está usted obligado á dar explicaciones?

—En cuanto á eso, repuso Jaime, ya saben ustedes que tengo formada mi decisión. Las daré, pero no tan de repente, ni bajo el rigor de una amenaza.

—Eso es, aprobé yo.

—Se resentiría de ello mi amor propio, continuó Rivera. Por más obscuro é insignificante que sea, tengo mi decoro y á toda costa necesito salvarle.

—Bien dicho, coreamos los presentes.

—En tal virtud, prosiguió Rivera, suplico á ustedes me hagan el favor de ser mis representantes.

—¿Los cuatro?, preguntó Ros. Eso no es posible. Dos deben ser los testigos.

—Los representantes dirá usted, objetó Rivera; los representantes que no llegaran á testigos.

—Como usted guste, contestó Ros.

—En tal caso, continuó Rivera, no sé cómo hacer, pues ustedes cuatro merecen por igual toda mi confianza. Si han de ser dos y ustedes aceptan la molestia, yo no escojo, ustedes resuelvan.

—Por supuesto que aceptamos, dije, nos tiene usted á sus órdenes.

—Como todos pensamos lo mismo, observó Madrigal, no hay más que echar suertes para ver quiénes deben prestar el servicio.

Aceptada la proposición, procedimos inmediatamente á echarlas, y resultamos designados para el caso Blas Gómez y yo. Pero como el editorialista manifestó escrúpulos para tomar cartas en el asunto por sus antecedentes personales con Zermeño, quedó excusado de la comisión y se hizo un nuevo sorteo, que dio por resultado la designación del economista Madrigal.

—Pretesto, dijo el farsante con explosión de buen humor, desempeñar fiel y legalmente mi encargo; y extendió el brazo en ademán de jurar (cosa inútil.... según las leyes vigentes).

Aquella misma tarde comenzaron las conferencias de los padrinos. Madrigal y yo nos vestimos correctamente, y, provistos de una carta credencial de nuestro representado, nos personamos en la redacción del "Paladín," en busca de los padrinos de Zermeño. Allí los hallamos constituídos en sesión permanente al lado del doctor, graves y ceremoniosos.

Los fieros oficiales sentaron desde luego la cuestión en estos términos. Rivera daría una explicación por escrito á Zermeño, ó se batiría con él,; no podía hacerse otra cosa. Madrigal y yo objetamos que el injuriado era Rivera, y que, en todo caso, Zermeño era quien debía presentar primero sus excusas. Nuestros competidores dijeron que eso ya se vería después, y que el doctor cumpliría como bueno sus deberes.... pero á su tiempo; que por el momento el único punto que podía discutirse era el apuntado. Por nuestra parte, creímos de nuestro deber no darnos á partido y continuamos negándonos á complacer á los militares; así fué que las conferencias se prolongaron por tres días.

Esto dió motivo para que el público sospechase lo que pasaba. En tal virtud, Rivera y Zermeño anduvieron en bocas y fueron objeto de vivo interés general. Rivera, sobre todo, lo despertaba muy

grande, sin duda por la moderación habitual de su carácter y por la incapacidad que se le atribuía, aunque por instinto y sin prueba fehaciente, para andar en cuestiones odiosas y ocasionadas á violencias.

Los que no le conocían, se hicieron presentar á él, y algunos que nunca le habían dispensado consideraciones, le saludaban con el sombrero en las manos. Así halagado y alentado por una sociedad superficial y novelera, engañó á su esposa, asegurándole que pronto daría la explicación ofrecida, aunque Zermeño no la pidiese; y fuése dejando embriagar por el vinillo de la notoriedad, que es suave al gusto, pero traidor y capitoso.

Una ó dos veces al día hablaba con nosotros, y nos comunicaba instrucciones. Ni Madrigal ni yo, en obsequio de la verdad, hicimos esfuerzo alguno por serenar su espíritu, perturbado por la vanidad del aplauso callejero; antes bien, le pintábamos la situación como asaz comprometida, é inclinábamos su ánimo cuanto podíamos á la inexorable conservación del ademán provocativo que había asumido. Cuando lo recuerdo, me siento atormentado por el remordimiento; estoy persuadido de que, si nos hubiésemos empeñado, fácilmente hubiéramos obtenido de Jaime la solución pacífica de la diferencia.

Impulsado por nosotros, acabó por atrincherarse ferozmente en esta resolución: no dar explicación alguna antes de recibir satisfacción cumplida. Tenía la certeza, porque se la habíamos infundido, de que al fin cederían los militares, y de que quedaría por las nubes; así es que perseveró en su resolución hasta el último día de nuestras conferencias. Recuerdo que nos la comunicó con tanta firmeza y con ademán tan fiero, que nos sentimos satisfechos y orgullosos los padrinos. ¡Por lo visto, en aquella naturaleza tan dulce y conciliadora, había un fondo de entereza y de energía que nadie hubiera sospechado! ¡Buen chasco iba á llevarse Zermeño si pensaba que iba á habérselas con algún mandria!

Madrigal y yo abrigábamos también la remota esperanza de que los testigos de Zermeño se allanasen á dar la satisfacción previa que solicitábamos; pero no tardamos en ver que nos habíamos equivocado. Al obscurecer del tercer día, celebramos la última junta. En ella se manifestaron enfadados los contrarios, nos acusaron embozada, aunque firmemente, de que prolongábamos deliberadamente aquella situación para embrollar el resultado, y declararon paladinamente que no se prestarían ya á seguir discutiendo los puntos habituales, pues era tiempo de

ahondar otros más conducentes y positivos. Revistiéronse de gran solemnidad, y en altas voces nos dijeron que, agotados les medios pacíficos, no admitían ya de Rivera más que una satisfacción por medio de las armas.

Se inmutó Jaime visiblemente cuando le pusimos al tanto de los últimos sucesos. Comprendió tal vez que había dejado pasar las oportunidades que se le habían presentado para salir airosamente del paso, y que á la sazón, en el estado en que se hallaban las cosas, no era posible más que este dilema: ó dar una satisfacción arrancada por el miedo, ó aceptar el reto y batirse. Repuso, pues, con aparente decisión que, supuesto que las cosas se hallaban en aquel extremo, y que Zermeño insistía en no dar la satisfacción pedida, no cabía más recurso que ir al terreno á donde se le llamaba; que aunque no era valiente, sabría cumplir su deber de hombre de honor, y que en tratándose de su dignidad, sacrificaría por ella cien vidas si las tuviese. Concluyó dándonos facultades para que arreglásemos los detalles del lance, de la manera que nos pareciese mejor.

—En manos de ustedes, dijo, pongo mi honor y mi vida. Ustedes sabrán lo que hacen del uno y de la otra.

La frase nos dió calofríos. Eso de tener uno á su disposición el honor y la vida de un hombre, es imponente. Las circunstancias habían ido agravándose gradualmente, y habían acabado por hacerse dramáticas. Cuando entré en la desgraciada aventura, creí que el lance no tendría consecuencias, que Madrigal y yo lograríamos una reconciliación entre los adversarios, y que podría pavonearse con aquel ruidoso asunto, como con un traje á la última moda. Me alarmaba el rumbo que habían tomado los acontecimientos, y aun llegué á pensar eliminarme de la escena, fingiendo un viaje ó con cualquier otro pretexto; pero el deseo mórbido de hacerme notable y una curiosidad malsana—la atracción del abismo podría decirse—me hacían pensar no estaría bien desertar del campo á aquellas horas, ni abandonar á un amigo en trance tan apurado. Así, por medio de soliloquios, llegué á persuadirme de que sería prueba de buena amistad llevar á mi amigo á un lance mortífero y arreglar cuanto fuese necesario para que le matasen.

No obstante, alarmados Madrigal y yo, propusimos hacer cuanto nos fuese dable para impedir que el encuentro tuviese consecuencias funestas. Así fué que, á costa de mil esfuerzos, logramos pactar que el combate fuese á primera

sangre, y, obtenido estò, reclamamos para nosotros el derecho de elegir armas. Los padrinos de Zermeño todo nos lo concedieron, diciendo que, aunque su representado preferiría un duelo más serio, lo aceptaba aun en aquellas condiciones, por tener la satisfacción de medir sus armas con Rivera.

Elegimos, pues, la pistola, pensando que la mayor parte de los duelos con arma de fuego terminan sin efusión de sangre, por la mala puntería de los duelistas. Interrogamos á Jaime sobre si sabía manejarla, y nos contestó que lo hacía regularmente. Y por final de cuentas, nos propusimos llevar á cabo un plan que, á haberse realizado, hubiera evitado la catástrofe y dado fin al negocio á gusto de todos.

Consistía ese plan en cargar las armas por nuestra propia mano, poniéndoles una cantidad tan pequeña de pólvora, que apenas tuviesen fuerza para despedir el proyectil. ¿Cómo lograríamos que los oficiales nos permitiesen desempeñar ese ministerio? Eso ya lo veríamos. La cortesía un tanto desdeñosa con que habían acogido todas nuestras indicaciones, desde que el lance había quedado resuelto, hacíanos abrigar sobre este punto alguna confianza.

Valiéndonos de circunloquios y apa-

rentando que hablábamos de una estratagema urdida en otro caso semejante, por padrinos que "sabían cumplir sus deberes y ser buenos amigos," dimos á entender á Jaime que pensábamos intentar aquel medio de salvación en obsequio suyo. Por más que procuró no darse por entendido y disimular la alegría que tal idea le produjo, vimos claramente retratarse en su rostro congojoso, un rayo de júbilo y un poco de serenidad. De esta manera, aquel incidente que había comenzado por presentarse fácil de arreglo, claro y sencillo, había acabado por ennegrecerse de tal modo, que no quedaba ya más esperanza de salud para nuestro amigo, que aquel manejo poco delicado de nuestra parte, aquel golpe de prestidigitación bien intencionado, pero indigno, que convertiría el combate en una mera comedia. Y aun aquel medio único no era seguro, porque su éxito dependía de que los taimados oficiales nos permitiesen cargar las pistolas y no se enterasen de la superchería.